

montaña. Hoy los sucesores del anacoreta no exigen ya que vayan á beber su vino á domicilio, sino que con gran éxito hacen envíos á Francia y al extranjero. Sin embargo, la cultura del terreno hizo hacer escavaciones, y estas escavaciones produjeron la exhumación de un altar taurobólico muy curioso.

Los ingleses fueron los primeros que apreciaron el valor de aquel monumento, y lograron que se lo cediese el propietario como recompensa de una buena cantidad de vino que compraron. Los mozos que debían transportarlo al barco, habían comenzado ya su tarea, cuando los regidores del ayuntamiento reclamaron aquella piedra, como propiedad pública.

Los ingleses tuvieron que contentarse con el vino, á cuya esportación no se opuso el ayuntamiento. Y el taurobolo fué puesto en un cuadro en una pared sobre el río, entre el Ródano y el camino, y allí coronado con una cruz, sirvió por mucho tiempo de símbolo al triunfo de la religión cristiana sobre el paganism.

En fin, después de haber sido transportado desde aquella primera estación al ayuntamiento, ha pasado definitivamente desde el ayuntamiento á la plaza pública de Tain, que desde este día ha tomado el nombre de Plaza del Taurobolo.

No nos hubiéramos detenido tanto tiempo como lo hicimos sobre aquella piedra cuya forma y destino es el de los taurobolos ordinarios, si toda la primera línea, y la mitad de la segunda no hubiese estado borrada. Esta circunstancia que á primera vista parece no tener ninguna importancia arqueológica, ha servido, sin embargo, para determinar la fecha positiva del voto de aquel altar, que había ocupado durante medio siglo la pluma de todos los sabios de la Drome.

El abate Chalieu es el primero que ha encontrado la verdadera solución del enigma: aquel taurobolo había sido erigido en honor del emperador Commodo, apellidado el Piadoso, dice Lampride, por haber sido elevado al consulado el amante de su madre, fué proscripido como todos los monumentos públicos en que se encontraba el nombre de aquel Padre de la Patria.

Al día siguiente de la noche en que Commodo había sido envenenado, y la mañana del día en que para concluir con él lo ahogaron, Publio Helvecio Pertinax, su sucesor, reunió el senado, y le declaró que Commodo había sido el enemigo del senado, el enemigo de la patria, y el enemigo de los dioses: *Hostis Senatus, hostis Patriæ, hostis Deorum.*

Los mismos hombres que dos años antes le habían decretado el título de Padre de la patria, respondieron que era preciso arrastrar con garfios su cuerpo y arrojarlo al Tiber: *Corpus ejus ut unco traheretur, atque in Tiberim mitteretur, senatus postulavit.* Des-

graciadamente para el ejemplo que no era malo dar, el nuevo emperador había tomado ya sus disposiciones con respecto á este punto, haciendo prudentemente, por miedo de que no volviese de la cuerda como había vuelto del veneno, enterrar el cuerpo de Commodo.

Muchísimo sintió el senado el no haber podido dar aquella prenda de adhesión á Pertinax: empero entonces se levantó Cingio Severo, haciendo recaer en las imágenes la pena que había reclamado contra el cadáver, y pidió como senador, y como pontífice, en cuya doble calidad había antes decretado á Commodo el título de Padre de la patria, y el de divino emperador: que se derribasen sus estatuas, y se borrara su nombre de los monumentos públicos y particulares.

Censeo... abolendas statuas, nomenque ex omnibus privatis publicisque monumentis eradendum.

Pertinax que se había opuesto á las venganzas que se querían ejercer sobre el cadáver no vió inconveniente en dejar que se ensañasen en las estatuas: se añadió y se adoptó una enmienda al proyecto de ley de Cingio Severo; aquella enmienda proponía que se derribasen sus estatuas: y se borrara su nombre, *no solo en Roma, sino tambien en todas las provincias romanas.*

Este decreto pasó los Alpes y llegó á Tain al mismo tiempo que la noticia de la muerte del dios.

Los que estaban arrodillados ante su altar, se levantaron, rasparon la inscripción, y asunto concluido. Por eso las raspaduras se detienen á mitad de la segunda línea: no tomando para ocultar su mudanza de religión mas cuidado que el que se toman los apóstatas del día de borrar la palabra *real* de sus fábricas y tiendas.

Algunas naciones se acuerdan aun de haber sido provincias romanas en esto.

Este es el modo con que el abate Chalieu reconstruyó la inscripción:

Matri Deum magnæ Ideæ, pro salute imperatoris Cæsaris Marii Aurelii Lucii Commodi Antonini Pii, domusque divinæ, colonix, Copiæ Claudiæ: Augustæ Lugdunensis, taurobolium fecit Quintus Auguis Antonianus pontifex perpetuus, ex vaticinatione Pusionii Juliani Archigalli Inchoatum XII kalendarum maii consumatum VIII kalendarum mali, Lucio Eggio Marullo, Merio Papirio Ogliano consulibus, præeunte Aelio, Alcio Paerio sacerdote, Tibicine Albio Verino.

A la madre de las diosas, á la gran diosa del monte Ida, por la salud de Mario, Aurelio, Luis, Commodo, Antonio, emperador César, Augusto, Pio, por la de su divina casa y por la de la Colonia Copia, Claudia, Augusta, de Lion, Quinto, Aquio Antoniano, Pontífice perpetuo, ha hecho un taurobolo, después de

la predicción del Pusionio, Juliano, Archigallo, ha sido principiado el 42 de las calendas de mayo, y terminado en 9 de las mismas calendas, en el consulado de Luis Eggio Marullo y Mello, Papirio, Oelianus; siendo sacerdote Elio, Mediopanirio sacrificador, Albiobreno, flautista.

Examinado el taurobolo, comentado y dibujado determinamos hacer nuestra ascension á la ermita.

Como ya no estaba allí el anacoreta para hacernos los honores de su montaña, nos hicimos llevar allí nuestro almuerzo, y después de una hora de una penosa subida, llegamos á la cumbre con el libro de Paulo Orosio y Floro en la mano.

Admirable es la perspectiva que se descubre desde aquella altura; al Norte se estiende todo el antiguo país de los allobroges; al Este corre la cordillera de los Alpes de donde baja el Isere. Al Mediodía la vista sigue por espacio de doce ó quince leguas el curso del Ródano, que se va adelgazando siempre á medida que se aleja, y al Oeste el horizonte está limitado por las montañas del Vivarés, de Velay y de la Auvernia.

En cuanto al campo de batalla donde se encontraron los romanos y los auverneses Fabio y Bituit, se estiende desde la falda de la misma montaña, hasta la conjunción del Isere y del Ródano.

Hemos contado como los massaliotas habían llamado á los romanos á las Galias, y como Cayo Sextio había fundado una ciudad sobre las márgenes del Ceno.

El pueblo que mas había padecido en aquella lucha; había sido aquel de que Marsalia no tenía queja. Encontrándose los voconios bajo la espada de Fabio, los hirió sin motivo, hizo vender á pública subasta á los habitantes de sus ciudades, y forzó á su rey Teutomal á refugiarse en los Allobroges.

Entre los reyes que Teutomal llamaba sus hermanos, había un poderoso guerrero, que Tito-Livio, Floro y Paulo Orosio llaman Bituit, Strabon Butos, y Valerio Máximo Betullus: era el mas rico de los gefes galos. Su pueblo numeroso y valiente; tenía abundantes mieses en las llanuras, y minas de oro y plata en sus montes. Aprovechó el momento en que el nuevo cónsul Cn. Domicio llegaba al campo, y le envió una embajada para pedirle el restablecimiento de Teutomal en sus estados.

Caprichosa, empero grande y magnífica era aquella embajada; su gefe mandaba una tropa de ginetes jóvenes, cubiertos todos de púrpura, oro y coral. A su lado el bardo del rey con la lira en la mano cantaba la gloria de Bituit, el valor de los auverneses y las hazañas del embajador. Por último detrás iba la jauría real formada de enormes alanos traídos de Bélgica y de la Bretaña, llevando cada uno al cuello un collar de oro macizo incrustado de piedras preciosas.

Mal medio era este de obtener la paz de Domicio, haciendo brillar tantas riquezas á sus ojos. En lugar de reintegrar á Teutomal en sus estados como deseaba el rey de los auverneses, Domicio pidió que le entregasen á Teutomal, amenazando si no ponían en sus manos al fugitivo, con irlo á buscar, si era preciso hasta en los montes de su aliado. La embajada se volvió inmediatamente hácia Bituit, y le refirió aquellas palabras de guerra.

La guerra era un juego para los antiguos galos que atacaban el mar con sus dardos, cruzaban sus flechas con el relámpago, y como hemos dicho, no temían nada en el mundo sino que el cielo cayese sobre sus cabezas. Las cimas de las montañas de la Auvernia se iluminaron cual en los tiempos en que eran volcanes, y á aquella llamada de guerra todas las tribus que mandaba Bituit, hijo de Luern, todos los pueblos que con él mantenían alianza, tomaron las armas y acudieron. Seis meses se emplearon en organizar las masas: durante seis meses festejó el magnífico gefe á sus cien mil aliados: hácia el principio de la primavera, algunos días después de la llegada de Quinto Fabio Máximo al campo romano, Bituit salió del punto donde hoy está situado Clermont, en Auvernia, llevando en pos de sí doscientos mil hombres.

Sin embargo, los romanos que creían no tener que habérselas sino con los allobroges que acababan de batir cerca de Aviñon, los persiguieron subiendo la orilla izquierda del Ródano.

Los allobroges huyendo siempre, atravesaron el Isere: los romanos lo atravesaron detrás de ellos. Los allobroges se internaron en su país: los romanos los siguieron allí, contando con llegar á Viena al mismo tiempo que ellos. En efecto, no se hallaban mas que á catorce ó quince leguas.

Quinto Fabio y el procónsul Domicio se detuvieron á la caída de la tarde en Tegna: hicieron vivaquear sus cuarenta mil hombres alrededor de la ciudad y encendieron hogueras. La noche se pasó tranquilamente; pero al día siguiente, al amanecer, los centinelas dieron la alarma. Durante la noche habían bajado de las montañas del Vivarés doscientos mil hombres, y la vanguardia de aquel inmenso ejército tocaba ya á la otra orilla del Ródano.

Los romanos hubieran podido todavía repasar el Isere y volver á ganar la ciudad de Sextus; pero tenían ya en las Galias una reputación de invencibles, que esta retirada les hubiera hecho perder. Fabio se decidió á arriesgarlo todo por conservar el prestigio unido á las águilas: mandó á sus tropas tomar posición á medio lado de la montaña y haciendo llevar las tiendas consulares sobre su cima, miró tranquilamente el modo con que iba á efectuarse el paso de aquella multitud. Bituit hizo construir un puente con estacas, y

casi unos cuarenta mil hombres pasaron por él el primer día. Pero como por esta cuenta hubieran sido precisos cinco días para que todo el ejército ganase la otra orilla, mandó durante la noche unir barcos con cadenas, los hizo cubrir de tablas, y á la mañana siguiente los romanos vieron la mitad del ejército galo derramado en la llanura que se extendía entre ellos y el Isere: Domicio preguntó entonces si no era ya tiempo de atacar: empero Fabio le respondió:

—Déjales pasar: todos los que la tierra pueda sostener, los podrá cubrir después.

A las once de la mañana los romanos tenían delante de sí ciento sesenta mil hombres: cuarenta mil se agolpaban todavía á la otra orilla y se atropellaban por pasar. Fabio vió que era llegado el momento: hizo tocar las trompetas y levantar las águilas.

En el mismo momento se abrieron las filas de los galos. Bituit apareció revestido con una armadura magnífica, con una túnica de espléndidos colores, subido sobre un carro de plata y seguido de su jauría real compuesta de una nube de perros de batalla, conducidos por los picadores que fueron á colocarse en el ala derecha del ejército. Paseó entonces sus miradas sobre las cuatro legiones romanas que estrechadas las unas contra las otras apenas cubrían la falda de la montaña: después al ver la debilidad de los romanos, el rey de los avernenses se echó á reír y mandó marchar á ellos.

—Tal vez harías bien en aguardar á que haya pasado el resto de tus soldados, le dijo un gefe.

—Aguardar? ¿y para qué? respondió Bituit: apenas tienen ahí gente para un almuerzo de mis perros.

Los romanos inmóviles como rocas vieron aproximarse á ellos aquel mar embravecido; empero apenas estuvo á tiro, cuando la caballería desplegó sus alas y dividiéndose las legiones abrieron paso á los honderos y arqueros. Una granizada de flechas y piedras recibió al ejército galo; pero era demasiado débil resistencia para detener la marcha de semejante masa. Juntáronse los dos ejércitos y comenzó la lucha ginetes contra ginetes, peones contra peones: terrible fué el choque y horrosa la refriega.

Por último, después de una hora de combate en que palmo á palmo se disputaba el terreno, pareció ceder el centro de los romanos. Bituit se lanzó en aquella brecha de hombres que se abría delante de su carro, mandando soltar los perros que debían devorar á los vencidos; pero en respuesta á aquella orden mandó Fabio abrirse á su centro, y Bituit y los suyos se hallaron enfrente de los elefantes. A la orden de sus guías, aquellos animales se pusieron á marchar de diez en fondo, penetraron hasta el centro del ejército galo y allí dividiéndose en cuatro secciones

avanzaron por cuatro lados diferentes derribando cuanto encontraban y hollando con sus pies á los hombres como espigas. En el mismo instante, por un instinto natural de los animales que los lleva á atacar á los animales mas bien que á los hombres, los perros se arrojaron sobre los elefantes. Escitados entonces estos por los mordiscos se desbandaron, corriendo á la ventura, cogiendo y haciendo pedazos igualmente caballos, hombres y perros y dando gritos que dominaban el ruido de la refriega cual el ruido del rayo domina el del Océano.

Los soldados de Bituit veían por la vez primera aquellos terribles animales: sin embargo, los conocían por tradición: sus abuelos habían visto á Annibal llevar cuarenta hácia los Alpes, y habían hablado de ellos á sus hijos y á sus nietos con un supersticioso terror, que se había conservado entre estos: así no se atrevieron á aguardarles ignorando como combatirlos: además, sus caballos no pudiendo sufrir ni su vista ni su olor, se levantaban de manos, se volvían de espaldas y echaban á correr. Por un momento presentaba la llanura el aspecto de un vasto circo, en que hombres, caballos, perros y elefantes, se esterminaban unos á otros. Pronto la derrota se declaró en las filas de los galos: se precipitaron hácia los puentes, su única retirada: pero el puente de barcas construido con poca solidez, rompió sus cadenas, se hundieron las tablas; hombres y caballos cayeron en las barcas. Las barcas cargadas se sumergieron: el puente sin apoyo se rompió, y la multitud refluó hácia el otro puente. Juntaron á los elefantes, se les hizo marchar sobre aquella masa, y ciento veinte mil hombres, según Tito Livio, ciento treinta mil, según Plinio, y ciento cincuenta mil, según Paulo Orosio, quedaron tendidos para no volverse á levantar mas por aquel espacio, suficiente apenas para cubrir tantos muertos, y que se estiende desde el pie de la montaña al Isere.

En cuanto á Bituit atravesó á nado el Ródano, y sin soldados, sin servidores, seguido únicamente de dos de sus perros, consiguió salvarse en sus montañas, dejando en poder del enemigo su carro y su manto.

Entonces fué cuando Fabio y Domicio levantaron en la cumbre de la montaña dos templos, el uno á Marte, el otro á Hércules, y una columna coronada de un trofeo de las armas cogidas á los galos. Cosa inaudita, dice Floro porque jamás hasta entonces el pueblo romano había echado en cara su victoria á los enemigos vencidos: *Nec mos inusitatus nostris nunquam enim populus romanus hostibus domitis victoriam suam exprobat.*

Concluido nuestro desayuno y reconocido el campo de batalla, bajamos la santa montaña: atravesamos el Ródano sobre el primer puente de alambre que ha sido construido en Francia, y nos encontramos en Tour-

non al pie del castillo del duque de Soubisa.

Al ver aquel viejo monumento medio arruinado, hice cuanto pude por sacar á los guardas alguna leyenda guerrera ó alguna tradición poética: pero fuese ignorancia, fuese olvido, fuese realmente que no hubiese nada que contar, hallé tan mudas las bocas de los habitantes, como las ruinas de la fortaleza. En cuanto á Tournon, me vi precisado á atenerme á lo que de él cuenta Gregorio de Tours. Es á saber: que habiéndose deslizado una enorme roca de la montaña, á la que estaba pegada sobre una capa de greda, cayó rodando hasta el Ródano, y cerrando su curso le obligó á dar una vuelta: cuya palabra en francés es *tour*: de aquí el nombre de *Tournon*. Doy por lo que valza á mis lectores este equívoco del siglo XVI.

El castillo de Soubisa está además edificado sobre un núcleo granítico, cuya presencia á orilla de un río es bastante difícil de explicar á no valerse de la versión de Gregorio de Tours.

Cómo empezaba ya á hacerse tarde, abandonamos la esplicacion de esta cuestión geológica á gentes mas sabias que nosotros, y nos pusimos en camino para Valencia.

Al cabo de dos horas de marcha nos hallamos en frente de la roca de Glun, que trataban de sacar del Ródano, cuya navegacion estorba. Esta roca es un resto del castillo de Glun que Luis IX hizo asaltar y tomó á la fuerza, por *que* dice el autor de los anales de su reinado; *el señor del castillo robaba y despojaba y cargaba con malísimas costumbres y vejaciones á todos los que por el castillo ó cerca del castillo pasaban*. Era la segunda vez que halláramos en nuestro camino las huellas del santo rey, que debíamos perder en Aguas-Muertas.

En tanto que mirábamos aquella histórica ruina sobre la que se cernía un halcón en una tempestad, comenzaron á caer algunas gotas de agua, y resonó un trueno. Era una advertencia de que nos debíamos poner inmediatamente en camino: pero por mas diligencia que pusimos, la noche y la lluvia nos cogieron bastante lejos todavía de Valencia. La lluvia solo nos molestaba: porque siendo el camino de ruedas, no había modo alguno de que nos perdiésemos: así tomamos nuestro partido. Nos dejamos valientemente empapar hasta que descubriendo un ventorrillo, nos refugiamos en él.

Hallábase lleno de bebedores que sorprendidos como nosotros por la tempestad, la dejaban pasar tranquilamente, regalándose con un vinillo blanco bastante agradable á la vista. Chorreando por todas las costuras de nuestros vestidos y mojados de pies á cabeza, nos miramos Jadin y yo, preguntándonos con la vista sino deberíamos hacer lo que ellos. El vino de la ermita que habíamos bebido por la mañana en la viña misma, nos hacia escrupu-

losos con el vino del ventorrillo. Sin embargo, á medida que desaparecía la humedad exterior sentíamos necesidad de una reaccion interior, nos decidimos en consecuencia á pedir á nuestra huésped, medio por necesidad, medio por pagar la hospitalidad, el pedazo de pan y de queso de rigor y una botella de vino: lo que nos fué servido inmediatamente.

En las espinosas circunstancias del género de la en que nos halláramos, era siempre Jadin el que se sacrificaba: llenó pues, la mitad de su vaso, lo levantó á la altura del farol, le dió vueltas un instante para examinarlo por todas sus caras, y bastante satisfecho del examen visual, se lo acercó á los labios lleno de confianza. En cuanto á mí seguía todos sus movimientos con la ansiedad del hombre que sin ser el primero debe, sin embargo, participar de la buena ó mala suerte de su compañero de viage. Vi á Jadin paladear silenciosamente el primer sorbo, después el segundo, después el tercero, por último, vaciar su vaso, volverlo á llenar de nuevo, todo sin proferir una sola palabra, y con asombro progresivo, que tenía algo de religioso y de agradecido: en seguida volvió á comenzar el ensayo con las mismas precauciones, y pareció terminarlo con el mismo goce.

—¡Y bien! le dije, aguardando siempre.

—La verdadera felicidad está en el seno de la virtud, me respondió gravemente Jadin: somos virtuosos y Dios nos recompensa: probadme ese vino.

No me lo hice decir dos veces: alargué mi vaso y tragué su contenido tan concienzudamente como lo requería el caso.

—¿Qué me decis? continuó Jadin con la satisfacción del hombre que ha descubierto el primero una cosa buena y hecho gozar de ella á su compañero.

—Digo que se ha equivocado la huésped de tonel y que nos ha dado vino de cinco francos la botella para comer pan y queso, lo que me parece un lujo inoportuno, y fuera de propósito.—¡Eh, tía! dijo Jadin llamándola.

—Ya voy, señor, replicó la huésped, estoy ocupada en sacar á mi gato de los dientes de vuestro perro.

—¡Milord! ¡Bribon! gritó Jadin levantándose: espera, espera! No sabes donde estás...., tunante! ... ¡Vas á hacer que nos echen de aquí, miserable!

Milord vino hácia su amo relamiéndose. El gato estaba difunto: la muger seguía al perro llevando al muerto por la cola.

—¡Qué desgracia! ¡Qué lástima! Miren lo que ha hecho, pobre Mistigri, dijo la muger dirigiéndose á su marido.

Nosotros nos mirábamos con ansiedad viendo que iba á estallar una horrosa tormenta.

—¡Bah! dijo el ventero sin tomarse el trabajo ni aun de volver la cabeza, continuando en fumar tranquilamente en su pipa. Arroja al camino esa maula de gato que se comia siempre

nuestros quesos y nunca los ratones. Ven, buen perro, continuó el ventero acariciando á Milord, si encuentras mas gatos en la casa, yo te los regalo.

—Hola, dije á Jadin, nos hallamos en la tierra de promision, mi querido amigo, y si me creéis haremos provision de vino y de gatos en este pais.

—Si, dijo Jadin: únicamente el caso está en saber á como se han de pagar.

—¿Me llamais, señores? dijo la ventera volviendo del entierro de su animal.

—Si, buena muger, queremos saber lo que cuesta nuestro vino, y lo que vale vuestro gato.

—El vino, caballero, es cinco cuartos la botella.

—¿Y el gato?

—¡Ah! ¡el gato!... Dareis lo que querais á la criada.

—¿Pero adónde estamos? Esclamé yo; ¡que no levantamos altares á los dioses!...

—Etais en Saint-Peray, mis buenos señores.

—¡En Saint-Peray! Entonces traednos un asado, una tortilla, una cena cualquiera y otras dos botellas mas.

Hicimos de gasto tres francos comprendido el gato y una comida de las mejores que he hecho en toda mi vida.

En Paris, Mistigri solo, nos hubiera costado el doble, es verdad que nos le hubieran servido en un guisado.

A las diez nos volvimos á poner alegremente en camino y á los veinte minutos de marcha llegábamos á Valencia.

VALENCIA.

Aunque Valencia data como Viena, de la mas alta antigüedad, pues que al decir de Andrés Duchesne, Tourangeau, autor de las *antigüedades de las ciudades, castillos y plazas mas notables de Francia*, ha sido fundada mil quinientos años antes de Jesucristo, las tradiciones modernas han prevalecido sobre los recuerdos antiguos. Bonaparte, subteniente ha hecho olvidar allí al general César, al papa Pio VI que murió allí, y al emperador Constancio que allí fué preso.

En 1778 fué creo cuando Bonaparte recibió en Ajaccio su despacho de subteniente del regimiento de artillería de La-Fère de guarnición en Valencia. Marchó llevándose consigo para aliviar á su familia, á su hermano Luis á quien enseñaba las matemáticas. Llegado á su destino, alquiló en la calle Grande, número 4, en frente del almacén del librero Marco

Aurelio, en la casa de la señorita Bau, un cuarto para él y una boardilla para su hermano menor.

Bonaparte vivía entonces muy retirado pasando una parte del dia en el almacén de Marco Aurelio, que habia tomado mucha afición al jóven subteniente y habia puesto á su disposicion toda su librería. Las noches las consagraba á dos ó tres amigos; Mr. Josselin, antiguo oficial; Mr. de Montalivet, que despues fué par de Francia; Mr. de Tardiva, ex-abogado de San Rufo.

Bonaparte habia encontrado en casa de Tardiva, una jóven de quien se enamoró apasionadamente. Se llamaba la señorita Gregoria de Colombier, y pertenecía á una familia acomodada si no, rica. Bonaparte profesaba ya desde aquella época aquella rigidez de principios que conservó sobre el trono: así apenas obtuvo el asentimiento de la señorita Gregorio, intentó un paso muy atrevido en su posicion. La pidió en matrimonio.

Desgraciadamente para Bonaparte, tenia un rival preferido, sino por la señorita Gregorio, al menos por su familia. Este rival se llama Mr. de Bressieux. Los padres de la señorita Gregorio, no vacilaron entre un caballero cuya fortuna estaba hecha, y un subteniente con su carrera por hacer. Bonaparte fué desahuciado y la señorita de Gregorio fué la esposa de Bressieux.

Fué esto tanto mas penoso para el jóven Napoleon, cuanto que si han de creerse esas anécdotas populares que brotan siempre en el surco de las grandes fortunas, tenia presentimientos de su porvenir. Un dia habiendo hecho en compañía de algunos de sus jóvenes camaradas una limosna de tres francos á una pobre muger, la profetisa cubierta de harapos, le deseó la corona de Francia. Echáronse á reir los oficiales de aquel exagerado agradecimiento: solo Bonaparte permaneció serio: y como aquella gravedad provocase todavia mas la hilaridad general,

—Señores, dijo el futuro soberano, yo valgo mas que un guarda de puercos, y Sisto V llegó á ser papa.

Otro dia que Bonaparte se hallaba trabajando desde las cinco de la mañana, Mr. Parmentier, cirujano del regimiento, entró en el cuartito del subteniente para hablar á su hermano Luis. Bonaparte cogió su sable y dió golpes en el techo con la vaina. Cinco minutos despues, bajó Luis medio dormido.

—Perezoso! le dijo Napoleon, ¿no tienes vergüenza de levantarte á estas horas?

—Tú me riñes, le dijo Luis, y yo era el que debiera incomodarme, porque me has despertado en lo mejor de un hermoso sueño: soñaba que era rey.

—¡Tú rey! dijo Bonaparte. ¿Luego entonces yo era emperador?

Bonaparte permaneció tres años en Valencia, dejando al salir de ella una deuda de

tres francos y medio á su pastelero llamado Coriol.

A pesar de la mudanza que se verificó en su nombre y en su fortuna, Napoleon no olvidó á Valencia: aunque hecho emperador jamás volvió á pasar por aquella ciudad. Todas las deudas de corazón ó de dinero que habia contraído en ella, fueron pagadas con usura, aun la del pastelero Coriol.

La señorita Gregorio, convertida en Mad. de Bressieux, fué llamada como lectora al lado de la madre de Napoleon: su marido fué nombrado baron y administrador de bosques, y su hermano prefecto de Turin. El librero Marco Aurelio tuvo un recuerdo de otro género.

El 7 de octubre 1808, durante la entrevista de Erfurth, hallándose Napoleon á la mesa con el emperador Alejandro, la reina de Wessalia, el rey de Baviera, el rey de Wurtemberg, el rey de Sajonia, el gran duque Constantino, el príncipe Primado, y el príncipe Guillermo de Prusia, recayó la conversacion sobre la Bula de Oro, que hasta el establecimiento de la Confederacion del Rin habia servido de constitucion y reglamento para la eleccion de emperadores. El príncipe Primado que se hallaba en su terreno, entró en algunos detalles sobre aquella Bula, que en una cita hizo subir á la fecha de 1409.

—Creo que os engañais, señor príncipe, le dijo Napoleon interrumpiéndole. Esa bula, si tengo buena memoria, fué proclamada en 1336 en el reinado del emperador Carlos IV.

—Tiene razon V. M., dijo el príncipe Primado, mejorando sus recuerdos: pero cómo conserva V. M. tan exactamente la fecha de una bula? si fuese la de una batalla, no me asombraria tanto.

—¿Queréis que os diga el secreto de esta memoria que os asombra, señor príncipe? respondió Napoleon.

—Mucho placer nos daria en ello V. M.

—Pues bien, continuó el emperador, habeis de saber, que cuando yo era subteniente de artillería...

A esta salida hubo un movimiento de sorpresa y de curiosidad tan marcada entre los ilustres convidados, que Napoleon se paró un instante: pero viendo que inmediatamente todos callaban para escucharle, continuó sonriendo:

—Digo pues, que cuando yo tenia el honor de ser subteniente de artillería, permaneci tres años de guarnicion en Valencia: me gustaba poco la gente y vivia muy retirado. Una feliz casualidad me habia hecho habitar enfrente de un librero instruido y de los mas complacientes, que habia puesto su almacén á mi disposicion. Leí y releí dos ó tres veces su biblioteca, durante mi residencia en la capital de la Drome: y de lo que he leído en aquella época no he olvidado nada, ni aun la fecha de la Bula de Oro.

Napoleon, que como hemos dicho, jamás habia vuelto á Valencia durante su reinado, pasó por allí despues de su caída, llevado á la isla de Elba por los comisarios de las cuatro potencias.

El segundo recuerdo que se encuentra en Valencia, es, como lo hemos dicho, el del papa Pio VI, que murió en aquella ciudad el 29 de agosto de 1799. El tambien como Napoleon, habia tenido una estraña carrera, con dos horizontes perdidos, el uno en la oscuridad y el otro en la esclavitud.

Con efecto; Angel Braschi, nacido en Cesena el 27 de diciembre de 1747, salió de su ciudad natal á los diez y ocho años á buscar fortuna á Roma, confiado, como lo es uno á esa edad, hermoso, lleno de instruccion y ligero de dinero. Apenas llegado allí, fué á llevar una carta de recomendacion á un amigo de su padre. Este le hizo esas ofertas vulgares de servirle, que se hacen á todo el mundo, y despues en cuanto se marchó no volvió á pensar mas en él. Al dia siguiente el cardenal Ruffo y el protector de Angel Braschi paseándose en el monte Pincio encontraron á un jóven que les saludó.

—¿Quién es ese jóven? dijo el cardenal Ruffo.

—Un pobre diablo, respondió el protector, que ha venido á Roma contando con la Providencia, y que á estas horas probablemente no tendrá para aguardar el dia en que quiera acordarse de él un escudo en el bolsillo.

Al dia siguiente en el mismo paseo, el mismo encuentro, el mismo saludo.

—¡Por Dios! dijo Ruffo tendria curiosidad de saber si os habeis equivocado sobre la fortuna de ese buen jóven.

—¿Quiere vuestra eminencia misma pedirle que le enseñe el fondo de su bolsillo? dijo el protector riéndose.

—Si: llamadle, respondió Ruffo.

—Braschi! dijo el protector llamándole.

El jóven se aproximó.

—Braschi, monseñor el cardenal Ruffo desea saber cuanto dinero teniais ayer en vuestro bolsillo, cuando os hemos encontrado, y cuanto os queda hoy.

—A cualquiera otra persona, respondió Braschi, me negaria á satisfacerla, porque se parece mucho á una confesion esta pregunta; pero á vuestra eminencia, monseñor, es otra cosa. Ayer tenia un escudo: hoy me quedan siete paolos.

—¿Y cuántos dias contais pasar todavia con esos siete paolos? dijo Ruffo.

—Dos dias, poco mas ó menos, monseñor, respondió alegremente Braschi: y dos dias son una eternidad.

—Pero al fin llegada esa eternidad; ¿qué contais hacer?

—No lo sé: Dios proveerá.

—¿Lo creéis firmemente? replicó riendo Ruffo.